

El Greco: Pintor de la Modernidad

**ANA MARÍA
PRECKLER**

La exposición que ha realizado el Museo Thyssen-Bornemisza, con el título “El Greco. Identidad y Transformación”, Febrero-Mayo 1999, acaso se circunscribe, aunque con cierto retraso, en el ámbito de las conmemoraciones, que en este caso sería artística, con motivo del IV centenario de la muerte de Felipe II, celebrado el pasado año. La visión de los cuadros del pintor de Candía, el impacto de su pintura, de su color, de su espiritualidad, de su arte, ante los cuales es imposible permanecer impasible, produce, una vez más, un reencuentro, un redescubrimiento, una alteración interior, que permiten enfocar y desarrollar ciertos aspectos de la obra del artista cretense, sobre todo los que la sitúan en una relación directa con el arte del siglo XX. No nos detendremos pues en El Greco clásico y manierista, situado en el contexto histórico de la monarquía de Felipe II y de la Contrarreforma del siglo XVI, más que para dar un rápido bosquejo de lo que resulta más comúnmente conocido sobre Doménico Theotocópulos, denominado El Greco.

ARTE

A saber, su nacimiento en la isla de Creta, en 1541, lugar en el que recibe su formación inicial y efectúa sus primeros trabajos; su marcha a Venecia hacia 1567, donde conoce, estudia y trabaja junto a los grandes pintores venecianos de la época, Ticiano, Tintoretto y Veronés, dejándose seducir plenamente por el color de su pintura, influencia que no le abandonaría durante el resto de

su vida; su traslado, en 1570, a Roma, ciudad en la que residiría unos años, trabajando para Alejandro Farnesio, y en la que recibiría su decisivo influjo manierista y neoplatónico; manierismo que en lo artístico sería una modalidad estilística del final de la pintura renacentista, con un pronunciado alargamiento de las formas; y el neoplatonismo, que en lo filosófico supondría una vuelta a la filosofía idealista, al mundo de las ideas de Platón. En 1577, El Greco se instala en España, fijando su residencia en Toledo, desde donde trabaja, generalmente por encargo, no sólo para la catedral, iglesias y conventos de la ciudad del Tajo, sino también para Felipe II y El Escorial, en Madrid, ejecutando a petición del rey el fabuloso cuadro del *Martirio de San Mauricio y la Legión Tebana*, que —increíble paradoja de la historia— nunca llegaría a exhibirse en la iglesia del Monasterio por no ser del gusto del monarca. Sin embargo, El Greco en su estancia en Toledo alcanza plenamente la fama y el reconocimiento general, no sin luchas y esfuerzos, falleciendo en esta ciudad, en 1614.

El estilo artístico del Greco atraviesa tres fases primordiales, lo cual recoge muy bien el Museo Thyssen en la excelente colección de lienzos y tablas que presenta correspondiente a esas tres etapas de su vida, aunque no figuran en la exposición

algunas de las obras más relevantes y conocidas del Greco, a excepción del *Martirio de San Mauricio* y la *Legión Tebana*, dispuesto majestuosamente en el gran hall de entrada del museo. De esta manera, se puede seguir perfectamente la evolución del pintor en la serie de cuadros de la muestra. La primera etapa, la cretense, en la cual El Greco pinta iconos y tablas dentro de la antigua tradición bizantina, en algunos de los cuales ya se atisban sus cualidades inconfundibles. La segunda, que comprende los trabajos de su estancia en Italia y de sus años iniciales y centrales en España, etapa larga en la que aún permanecen el influjo veneciano en el color y el manierismo en la forma, despuntando ya notablemente el alargamiento y estilización de las figuras, y su ascetismo y misticismo intrínseco; en esta fase, El Greco alcanza el cénit de su personalidad artística, realizando algunas de sus grandes obras maestras, como serían el maravilloso *Expolio de Cristo*, 1577-1579, de la Sacristía de la Catedral de Toledo, con la inmensa mancha de bellissimo rojo encendido como foco central del lienzo, sobre la que destaca la mano de Cristo descansado sobre su pecho —merecería la pena hacer un estudio con el tema único de las manos de El Greco— y el hermoso rostro de Jesucristo con la mirada hacia lo alto, pasando el resto de la abigarrada composición a un segundo plano de importancia,

La Santísima Trinidad, 1577-1579, del Museo del Prado, inefable visión del cuerpo de Cristo yacente, en escorzo formidable, sobre las manos amorosas del Padre, ambos bajo la luz del Espíritu, *El Entierro del Conde Orgaz*, 1586, de la Iglesia de Santo Tomé de Toledo, en el que presenta ya sus marcadas composiciones duales, del mundo celestial y el mundo terrenal, o el mencionado

Martirio de San Mauricio, 1580-1582, también con la composición dual cielo-tierra. Finalmente, su última y tercera etapa, en la que logra la máxima distorsión y alargamiento de la forma, la que le aproxima increíblemente al arte del siglo XX, creando su más personal y extraordinario universo, el cual, según Pijoan, “Era un mundo enteramente nuevo que el Greco creaba para sí. Las figuras se alargan y doblan como seres de otro planeta, la luz no sigue con rigor las leyes físicas, el aire parece que se dilata en tono amarillos, blancos plateados, luminosos”... De este último período, en el que se puede apreciar el precoz expresionismo de El Greco, son sus cuadros *El Apocalipsis*, 1608-1614, Museo MET, Nueva York, en el que aparecen los cuerpos desnudos de los afligidos, como llamas flameando serpenteantes, sobre un fondo rojizo tenebroso e inquietante, y una gran figura con manto gris con los brazos casi descoyuntados hacia arriba en expresión implorante, y *Concierto Angélico*, 1608-1614, expuesto ahora en el Thyssen, composición paradisiaca de un grupo de ángeles tocando y cantando, mostrados con figuras sinuosas y abocetadas y manchas de color fundidas y entremezcladas, de notable modernidad, en especial el arpa que parece diluirse dentro de la materia pictórica.

Lo que ha hecho que El Greco sea uno de los máximos genios de la historia del arte, junto con Velázquez y Goya, es precisamente su estilo artístico, desarrollado a lo largo de las etapas precedentes, en el que encontramos también tres tendencias distintivas. La comentada composición dualista, en la que el pintor establece una fuerte dialéctica idealismo-realismo, con una diferencia estilística muy resaltada e intencionada en ambas concepciones; la idealista, representada por el mundo celestial, con las figuras celestes alargadas, en su clásica estilización formal, con sublimes facciones y rostros, y la realista, por el contrario, ejecutada con poderoso realismo, preludiando incipientemente el realismo barroco, con personajes terrenales, caballeros, soldados, clérigos, monjes, etc., en los que El Greco deja una galería de retratos de noble e hidalga condición hispana. El color, que proveniente de las fuentes venecianas constituye uno de los valores más genuinos y personales de El Greco, se establece también con enorme disparidad; por un lado, con las zonas agrisadas, blanquecinas, doradas y violáceas de los rostros, cuerpos, paisajes, cielos y fondos del cuadro, y por otro, con los grandes planos en tonos intensos de los vestidos, ropajes y mantos, en los que el Greco logra cromatismos y calidades exquisitas, con gamas luminosas que se despliegan en

ARTE

preciosos y extensos rojos, azules, amarillos, verdes, rosas, colores que solamente en sí mismos, aislados, serían una auténtica obra de arte. Y por último, la estilización, alargamiento y distorsión de las formas y de las figuras, que partiendo de un inicial manierismo van haciéndose cada vez más deformadas e irreales, llegando a establecerse como la característica más acendrada y peculiar de El

Greco. Las razones últimas de estas diferenciaciones y singularidades estilísticas suponen el gran misterio velado de su pintura, resultando dentro de ellas el color y la forma las que en definitiva enlazarían a El Greco con el Expresionismo del siglo XX, erigiéndose como primer pintor de la modernidad.

El Expresionismo ha existido a lo largo de toda la historia del arte integrado dentro de movimientos, o en artistas individuales, como Quentin Metzys, Brueghel, El Bosco, Grünewald, Goya o Van Gogh. No obstante, al igual que sucediera con la abstracción, no se instituye como corriente independiente y autónoma hasta los primeros años del siglo XX. Cuando surge, también como la abstracción, lo hace con tal ímpetu que resulta una de las corrientes más largas del siglo XX, perdurando hasta finales del mismo. El Expresionismo se conforma como uno de los movimientos más importantes de las vanguardias, de tal manera que, dentro de un amplio espectro, incluye a su vez a otros movimientos dentro de él, como el “Die Bruke” (“El Puente”), el “Der Blaue Reiter” (“El jinete azul”), o figuras individuales: Munch, Ensor, Rouault, Nolde, Kojoschka, Schiele, Beckmann, Permeke, Dix, Soutine, Gromaire. El Expresionismo, al contrario del Impresionismo, estableció una corriente que partía del sujeto al objeto, del propio interior del artista al mundo exterior,

logrando algo que no se había realizado hasta ese momento: plasmar el interior de la persona, reflejar esa realidad invisible pero cierta que constituye el núcleo del yo, su alma, su mismidad, su espíritu. Después de su muerte, El Greco atravesó un largo tiempo de silencio hasta que fue redescubierto durante el siglo XIX. Su influencia en algunos artistas de finales de esa centuria y de la del XX es ciertamente indudable.